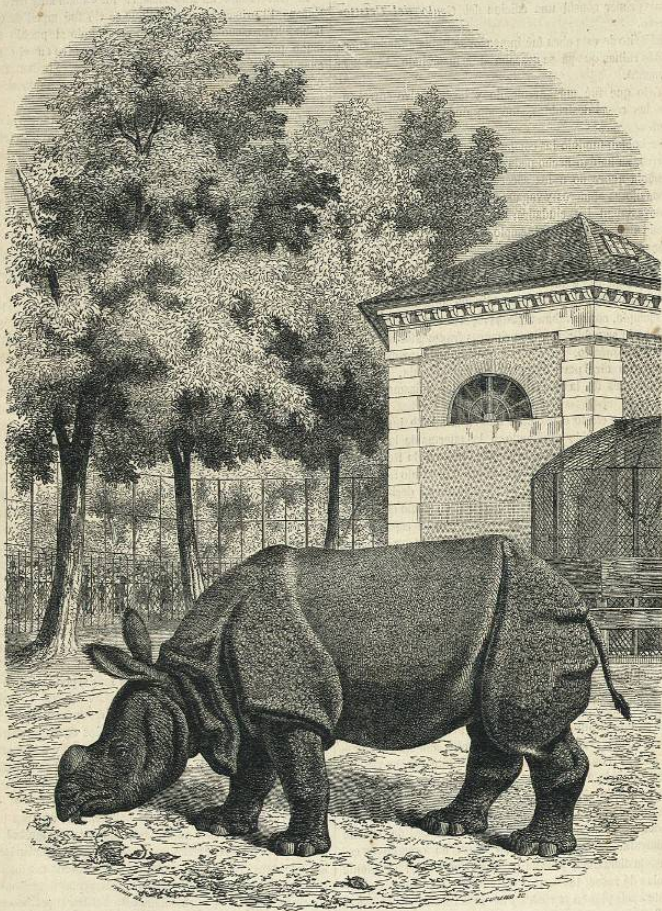


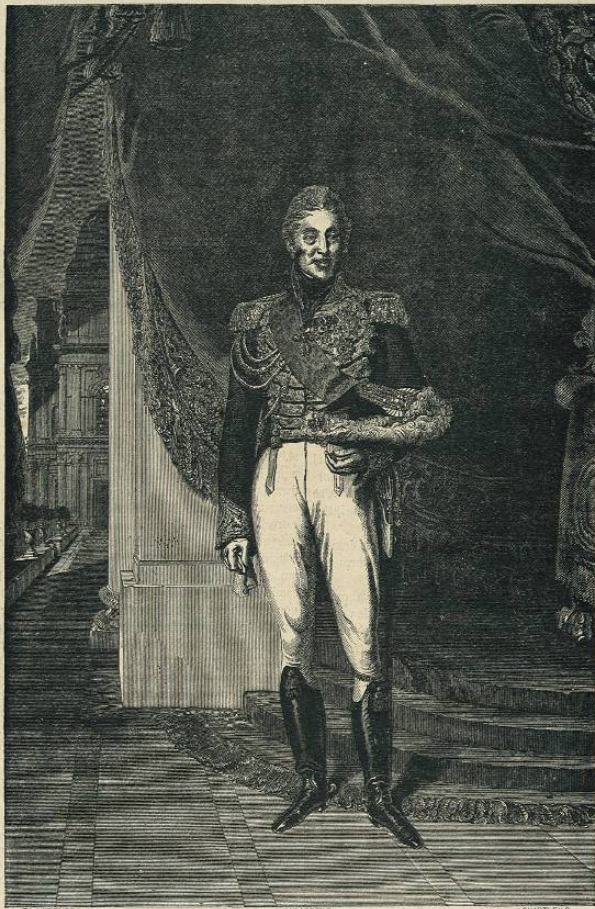
lo, prueba que la especie á que pertenecía, diferente de la de los países calientes, la única que conocemos hoy, había sido creada para habitar los países fríos y templados. Es de sentir que la preciosa piel de este animal no se haya conserva-



Museo de Historia natural de Paris.—Rinoceronte joven.—Dibujo de FREEMAN.

do. Desde entonces se han descubierto muchas veces huesos de rinocerontes en una multitud de comarcas de la Europa y del Asia septentrional, y Cuvier en sus Investigaciones sobre los huesos fósiles, ha hecho de ellos numerosas descripciones, pero desgraciadamente no se ha vuelto á hallar ningún otro individuo tan completo como el del Wiliji.

TOMAS LAWRENCE.



Cárols X, rey de Francia.

Dos veces hemos hablado ya de este pintor famoso (1) la primera con motivo de su retrato de Jorge IV rey de Inglaterra, y la segunda sobre el de lady Dower. La lista de los personajes que se entregaron al pincel de Lawrence es verdaderamente extraordinaria. Así sucedió que gracias á los nom-

bres de sus modelos, sus retratos fueron cuadros de historia, porque puede decirse que fué un pintor histórico.

Lawrence era un hombre apasionado por la opulencia, pero ningún disipador devoró tantas veces como él su propia fortuna, aunque también supo otras tantas restablecerla. Y sin embargo no desplegaba un gran fausto exterior. Su bolsillo estaba siempre abierto para todas las necesidades de la amis-

1 Véanse las páginas 25 y 117.

dad; protegía espléndidamente los talentos pobres y fué siempre un excelente hijo, hablándole cabido en suerte un padre pródigo. Además los objetos de arte tenían para él un encanto irresistible. Tenía inmensas riquezas amontonadas en sus carteras, y su casa estaba como presidida por las estatuas de Miguel Angel y de Rafael hechas por su amigo íntimo el famoso estatuario Flaxman.

El último período de la vida de Tomás Lawrence fué por demás brillante. Primeramente, después de la caída del Imperio, pintó para la galería de Windsor, todos los héroes de Waterloo desde Wellington hasta Blucher; el emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Metternich... en una palabra Lawrence pintó todas las celebridades europeas de su época. Después de la Restauración se fué a Aquisgrán donde representó todas las principales figuras del Congreso, y una vez en el continente, Lawrence le recorrió con la santa curiosidad del artista dejando por todas partes sus ilustres retratos. De este modo hizo en París los retratos de Carlos X, del delin, de la duquesa de Berry, y por último el del célebre pintor Gerard.

Por grande que fuera la importancia de los accesorios en los retratos de Tomás Lawrence, sería injusto sostener que todo lo sacrificaba a ellos. Únicamente puede decirse de él que, siempre inglés, aun cuando retratase Italianos ó franceses, Lawrence daba á todos sus modelos una piel satinada y transparente; sus tonos luminosos, hacen de tantos originales diferentes, el efecto tipo del temperamento británico. Carlos X en el retrato de Lawrence, que acompaña á este artículo, tiene el aire de un lord de la tesorería, así como el soberano Pontífice tiene la sonrisa de un obispo de Cantorbéry. Sin embargo en estos, como en todos sus cuadros, se ve la belleza, el brillo y la gracia, que eran las principales cualidades del pincel de Lawrence.

Carlos X le concedió con la Legión de Honor, después de haber obtenido ya una porción de títulos y honores que le flotaban de todo el universo.

Sin embargo cuando vino á París en 1825 ya estaba devorado por una gran tristeza. Muchas veces se le veía en las reuniones de madama Cuvier á quien ofreció el retrato de su preciosa hija, y por medio de esta recibió cuatro años después en Inglaterra un artículo que Eugenio Delacroix había insertado en la *Revista de París* relativo al retrato de Pio VII. Lawrence tocaba entonces á su fin. Pálido, desalentado, melancólico, sobre todo después de la muerte de madama Wolfe, la pasión principal de toda su vida, ya no le quedaba más que prepararse para el otro mundo, y en efecto, el 30 de enero de 1830, oyendo la lectura de algunas páginas del poeta Campbell sobre Flaxman, Lawrence rindió el último suspiro.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 168, 184, 188, 197, 206, 210, 217, 228, 236, 242 y 259.)

Sin embargo, lo ocurrido aquella noche no fué perdido para Mauricio. Cuando se quedó solo consigo mismo, después de haber dado riendo suelta á su cólera, después de haber calificado como puede imaginarse la inteligencia de Ursula, de Teresa y de Marcelo, después de haber agotado contra ellos todos los epítetos que pudieron suministrarle el

desdén y la humillación, llegó á reconocer poco á poco, que en efecto ellos habían defendido la causa de la sensatez y de la razón. Cuando volvió á hallar en el cuarto de Magdalena á Marcelo y á su mujer, al ver su sosiego y su felicidad, comenzó á aprender á amarlos. Hasta los mismos niños que tanto le habían incomodado en un principio, despertaron en él una ternura inesperada, les sentó en sus rodillas, les cubrió de caricias, y al besarlos pudo entrever todas las alegrías de la familia.

Así dominaba Mauricio las emponzoñadas olas que le habían arrastrado; con pocos esfuerzos mas iba á llegar á la ribera; ya se limpiaba el fango de los pies y se elevaba á las regiones puras y serenas.

Aquella existencia tan laboriosa y retirada tenía también sus distracciones y placeres; Mauricio y Magdalena iban algunas veces al teatro. Una noche fueron á la Ópera á oír *Guillermo Tell*. Mauricio en sus días brillantes no había pasado jamás una noche en la Ópera sin experimentar un profundo cansancio. En medio de los frívolos dichos de sus compañeros de locura, apenas había entrevisto la grandeza del arte de la música; jamás los melodiosos acentos de una voz le habían transportado á las ideales regiones de la pasión y de los sueños. Ahora, sentado junto á Magdalena, solo con ella, porque nadie en la atenta muchedumbre que les rodeaba le enviaba una mirada amiga, escuchaba el último canto de Rosini por una lengua nueva cuyo sentido se le iba revelando por vez primera. Los primeros compases le habían conmovido con mil delicias, y muy sorprendido para sí, se sintió penetrado de entusiasmo y de simpatía por aquel bellissimo poema. Los sollozos de Arnold, en el momento en que sabe la muerte de su padre, despertaron en su corazón el recuerdo del caballero quemurrió sin que hubiese estrechado por la postrera vez su desfallecida mano. El juramento de los cantones conjurados para la emancipación común, despertó en su corazón una fibra hasta entonces muda, el amor de la patria y de la libertad. Todos los pensamientos buenos se hallan ligados entre sí, y así sucede que cuando uno de ellos se apodera de nuestro corazón, llama á sus hermanos por medio de una señal misteriosa, y les abre las puertas de su nuevo dominio. Mauricio no pudo menos de volver tristemente sus ojos á lo pasado, preguntándose lo que había hecho por su país y lo que su familia le debía. Con su prima habló pocas palabras; pero en el sonido de su voz así como en la distracción de sus miradas, Magdalena supo conocer la revolución que se operaba entonces en su corazón, y temiendo turbarle, no volvió á dirigirle la palabra.

Ambos se fueron á su casa hablando de sus emociones. Al oír lo que le decía Magdalena, Mauricio descubría en ella nuevos motivos de admiración que le habían sido desconocidos hasta entonces. De vuelta en su casa, dominado por la impresión profunda que había recibido aquella noche, no se separó de su prima para irse á encerrar en su cuarto; abrió la ventana y permaneció algunos instantes contemplando el cielo cuya serenidad había bajado hasta su corazón. Luego se fué á sentar al lado de la joven alemana, quien, para coronar dignamente aquella poética noche, le suplicó que le leyera el *Guillermo Tell* de Schiller. Mauricio obedeció con mil amores. Apenas hubo leído algunas páginas, su voz, transformada como por encanto, tomó un acento tan suave que Magdalena le escuchaba estasiada, y á medida que seguía la narración de aquella maravillosa emancipación de todo un pueblo, parecía transfigurarse: su frente se iluminaba con un dulce brillo, y su mirada se animaba con una

celestial esperanza. El hombre antiguo desaparecía, y Magdalena contemplaba con orgullo al hombre nuevo que tenía ante sí: aquella noche debía ser fecunda.

Al comprender la extensión de sus deberes, Mauricio no se forjó ilusiones sobre el valor real de sus facultades, porque Magdalena poseía el arte de excitarle y de contenerle alternativamente. Por esto no pudo exajerarse la importancia del papel que estaba llamado á representar. Bastantes personas, á Dios gracias, se creen llamadas á dirigir el carro del Estado, Mauricio tuvo la sensatez de no pensar en aumentar su número. Así pues, se mantuvo prudentemente en su lugar, conociendo que no les es dado á todos el manejar los asuntos públicos, si bien todos tienen el deber de interesarse en ellos. Desde aquel día, Mauricio siguió solícito la marcha de los acontecimientos, y ya su corazón dejó de estar cerrado á esos sentimientos de honor y de gloria que tanto había criticado en otros tiempos.

Gracias á su trabajo, Mauricio gozaba de una posición bastante buena. Magdalena en tiempos mas felices había estudiado la música y sabía cantar con gusto. Mauricio no lo había olvidado y un día le regaló un piano, en memoria de los cuidados que le prodigara en su enfermedad, y sobre todo por la angelica paciencia con que había soportado su cólera y dureza. Aquel día fué una gran fiesta para Magdalena. Aquel regalo tan inesperado dió una nueva vida á sus pequeñas reuniones de familia. Muchas veces Magdalena reunida en torno suyo á Marcelo, á su mujer é hijos que la escuchaban estasiados; Mauricio también se complacía en oírla.

Una noche se hallaba enteramente solo con ella. Magdalena hojeaba un cuaderno que estaba sobre el piano, que era una colección de melodías de Schubert: en fin dijo una de las mas bonitas y tiernas titulada el *Adios*. Lo mejor que tienen estas composiciones es que no pueden soportar una mediana ejecución. Cuando se ejecutan fielmente nos estacionan ó nos sumergen en deliciosos sueños, sin inteligencia, con una exactitud puramente literal, nos disgustan hasta lo sumo; son una piedra de toque que engaña rara vez; para conmover con las melodías de Schubert, no basta saber la música, es necesario tener un alma de poeta. Magdalena sentía profundamente ese genio divino, y sabía ejecutar con sencillez todo cuanto sentía. Su voz no era de mucha extensión, pero tenía un timbre penetrante; era imposible oírlo sin emoción. El *Adios* le dijo con una melancolía tan tierna que Mauricio se quedó enternecido.

Por primera vez levantó los ojos hacía ella, y por primera vez en su vida conoció que era hermosa, y no como ya hemos dicho, porque ofreciese á la estatuaría un tipo completo de perfección, sino porque su alma encantadora resplandecía en sus ojos, y porque sus labios poseían una gracia imposible de describir con la palabra humana. Hasta entonces Mauricio no había separado nunca la belleza de la voluptuosidad, siempre había confundido la admiración con el deseo; sabía acaso lo que era admirar? Un nuevo sentido acababa de descubrirse en él; el joven contempló á Magdalena en un éxtasis casi religioso, como un peregrino arrodillado ante una virgen.

XIV.

De este modo se realizaba el sueño que había hecho la marquesa algunas horas antes de espirar: desde el fondo del abismo en que había caído, Mauricio iba volviendo poco á poco á la claridad del día, gracias á Magdalena que le ten-

dia la mano. Ya principiaba á sentir en sus cabellos el viento de las altas regiones; ya respiraba el perfume de las cercanas cúspides, ya oía completamente las voces de su juventud que cantaban en coro su vuelta. La gloriosa marca de la rehabilitación iba apuntando ya en su rostro; sus facciones, ajadas antes de tiempo tenían ese sello de dignidad que el trabajo imprime infaliblemente en la frente de los hombres de valor y buena voluntad: opacos por el desorden, sus ojos habían vuelto á tomar su límpido brillo, y sus labios, contraídos en otro tiempo por la cólera y siempre dispuestos á lanzar un dardo emponzoñado, no manifestaban mas que la benevolencia. Hasta el timbre de su voz se había dulcificado, y por último, cuando andaba al lado de su prima, Mauricio había vuelto á hallar el paso ligero de sus jóvenes años. Entraba en una segunda primavera quizá adornada con menos gracias que la había estado la primera, pero fecunda en promesas mas seguras y rica ya con los tesoros del estío. ¡El pobre joven no había llegado á este puerto sin sus esfuerzos. Cuántas veces con los pies en la sangre y la frente bañada de sudor se detuvo desalentado al borde del camino! Cuántas veces, tropezando al llegar al fin, se deslizo á lo largo de la cuesta que había subido con tanta pena! Muchas veces, en una hora de rebeldía ó de debilidad había perdido el fruto de muchos meses de luchas y labores. Muchas veces, en el momento en que la buena semilla comenzaba á germinar en su corazón, una terrible borrascosa imposible de prever había destruido todas las esperanzas de la cosecha, pero Magdalena estaba alerta siempre con su paciencia angelical, con sus solícitos é incansables desvelos, ella le sostenía, le volvía á alzar y le alentaba, y de nuevo volvía á sembrar en aquel corazón devastado por la tempestad. Luego de rodillas en su cuarto, oraba con fervor, porque tan piadoso como bella, pensaba que nada puede la criatura sin el socorro del criador, y sabía que hasta las mas nobles empresas necesitan una sonrisa del cielo.

Dios que lee en el fondo de los corazones había ya bendecido su tarea, y una hora llegó en que aquella alma santa hubo de exalarse en acciones de gracias. Aquel Mauricio que hemos conocido, desengañado de todo, burlo, acerbó é implacable, aquel Mauricio había ya dejado de existir; Magdalena había hecho de él un hombre nuevo. Si acaso solía volver á aparecer de tiempo en tiempo el antiguo Mauricio, no era mas que un pálido fantasma que la joven conjuraba al punto con un ademán ó una mirada; si su borrascoso pasado se reanimaba y mugía á largos intervalos, no era mas que el sordo ruido del rayo que se aleja cuando el cielo está ya transparente y sereno. Mauricio no tenía ya tristezas, que no se desvaneciesen con una palabra de su prima; hasta la misma Ursula, que le había irritado durante tanto tiempo, le divertía y aun á veces le comunicaba su alegría. En cuanto el joven caía en su mal humor acostumbrado, la buena muchacha armada de su gran sensatez, le volvía á la razón con algun dicho campesino, y Mauricio, en vez de incomodarse, se echaba á reír con ella; por último, había empezado á morir ávidamente los frutos de la realidad que en un principio había rechazado con enojo; su sabor es amargo, y sin embargo, acaba siempre por gustar. Mauricio comprendía al fin que en el cumplimiento de un deber por humilde é modesto que sea, hay mas grandeza verdadera que en esa filosofía de lacayo que consiste en negar y despreciar todo lo que es noble y realza á la naturaleza, y comprendía también que la vida es dulce cuando es útil, y que con poquitas excepciones, solo los egoístas y los impotentes se suicidan. Hijo de un siglo ímpio, á defecto de fe, sentía que bajo la in-

fluencia de su buen ángel, se iban despertando en él la esperanza y la caridad. No creía pero esperaba, y habría deseado creer, y mientras tanto convenía gustoso con Magdalena en que nada se arriesga en conducirse en la tierra con arreglo á las verdades que la religión enseña. El suicidio no velaba ya á su cabecera; las personas que trabajan desde por la mañana hasta por la noche no piensan en la muerte; aquellas famosas pistolas que en otro tiempo le habían inspirado tan bonitas frases, las vendió para regalar un ramo de flores á su prima el día de su santo. Y su inteligencia se había elevado también como su corazón, amaba las artes y le gustaban los poetas. Lo mismo que su padre en Nuremberg

había aprendido á reconocer la supremacía del talento: testigo del movimiento que se iba operando entonces en las ideas, acogía con indulgencia y á veces con entusiasmo, todas las utopías generosas que no escitaban en otro tiempo sino su cólera ó desden, y si guardaba un odio implacable á esa democracia baja, envidiosa, hipócrita, amiga del pueblo porque es enemiga de toda superioridad, si detestaba profundamente á los charlatanes que hacen gala de socialismo y de filantropía, en cambio veneraba las almas desinteresadas que abrazan con afecto sincero, la causa del trabajo de la pobreza. (Se continuará.)

HONORATÓ FRAGONARD.



KARL SCHRÖDTER.

La fecundidad dichosa.

LAVIELLE

En las páginas 405 y 473 del presente volumen hallarán nuestros lectores una sucinta biografía de Juan Honorato Fragonard y también un juicio crítico relativo á varias de sus principales obras.

Poco podemos añadir hoy á lo que hemos dicho sobre el autor de la *Fuente del Amor* y de la *Cuna*.

La *Fecundidad dichosa* que damos con este artículo á nuestros suscritores, es como un reflejo del estilo de Greuze. Fragonard ha pintado á una madre que, rodeada de sus hijos, juega con uno de ellos, en tanto que los otros, ya mas grandecitos, se divierten cada cual según su capricho. El marido contempla por una ventana abierta esa escena de alegría y de felicidad doméstica. Algunos pacíficos animales completan el cuadro tomando parte en esa dulce egloga, lo mismo que si fuesen de la familia. Un gusto gracioso y deli-

cado brilla en el dibujo de cada personaje y en las expresiones que les ha dado Fragonard; los niños sobre todo, son encantadores.

No cabe duda ninguna en que cuando Fragonard volvia de este modo al idilio, obedecía á las influencias que soplaban entonces por todas partes.

Fragonard como ya hemos dicho en nuestros artículos anteriores ha hecho de todo; asuntos históricos, religiosos y mitológicos, escenas familiares, pastorales, decoraciones, paisajes, viñetas; el pastel, la aguada, la tinta china, el lápiz negro, la miniatura, el grabado al agua fuerte etc. Así, Fragonard es de todos los pintores del siglo XVIII, el que mejor resume ese siglo incomparable, que principia con los rebañes y los pastores, y acaba con el terror. Watteau nos ha contado todas las locuras de la rejenca y nos ha hablado

del amor cuando aun le quedaba á éste algo de poesía. Boucher ya no pintó el amor, sino el placer ó mas bien la licencia, y Greuze empuñó el pincel de la filosofía y predicó las virtudes de la familia. Fragonard reprodujo sucesivamente esos diferentes aspectos del arte de aquel siglo. Tuvo encantadores caprichos al gusto de Watteau, hizo grabaditos como Boucher; pintó interiores de casa como Chardin y moralidades como Greuze, y para ver hasta que punto fué Fragonard el reflejo de todo su siglo, basta recorrer sus obras que empiezan en el *Amor* y acaban en la *Patria*.

CHATEAUBRIAND.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Véanse las páginas 244 y 252.)

» O tú á quien no conozco, tú cuyo nombre y morada ignoro, invisible arquitecto de este universo que me has dado un instinto para sentirte, y me has negado una razon para comprenderte, no habrias de ser otra cosa que un ser imaginario, que el sueño dorado del infortunio? Mi alma vendrá á disolverse con el resto de mi polvo? El sepulcro es un abismo sin salida, ó el pórtico de un nuevo mundo? Acaso solo por una cruel piedad ha colocado la naturaleza en el alma del hombre la esperanza de una vida mejor al lado de las miserias humanas? Perdoname mi flaqueza, padre de las misericordias! No; no dudo de tu existencia, y ya me hayas destinado una carrera inmortal, ya deba pasar y morir únicamente, adoro tus decretos en silencio, y tu insecto confiesa tu divinidad.»

Fácil es conocer el efecto que debió producir una prosa semejante despues de las imprecaciones de Diderot, de los discursos teo-filantrópicos de Larevellere-Lepaux, y de las sangrientas páginas de Marat.

De este modo Bonaparte inclinado sobre el abismo de la revolucion de donde no se habia atrevido á volver los ojos, detuvo el paso á ese ángel salvador que trazaba el primer rastro de luz en aquella noche de la nada; aceptó la dedicación del *Genio del Cristianismo*, y al enviar á Roma al cardenal Fesch, concedió tambien un puesto al gran poeta: águila que habia reemplazado á la paloma y que, como ella, estaba encargada de llevar el ramo de oliva al Santo Padre!

M. de Chateaubriand iba pues á visitar la Italia!

La Italia! Mágica palabra tanto para los soldados de Anibal como para los de Napoleón, tanto para el guerrero como para el poeta, para el sabio como para el cristiano!

La Italia era todo lo contrario de la América: la América es el porvenir, la Italia es el pasado.

La Italia es la heredera de los seis mil años transcurridos; es la hija del mundo romano, es decir del imperio mas vasto que ha existido jamas en el mundo; es la reina de ese gran lago que se llama Mediterraneo, receptáculo maravilloso, único, providencial, abierto por la civilización de todos los tiempos para la utilidad de todos los paises: el mundo pagano ha crecido en torno de ese mar; y la unidad cristiana le ha tenido un instante entre sus brazos. Alejandro, Anibal y César nacieron en sus orillas, y Napoleón en su seno. Las invasiones árabes se han esparcido por una de sus riberas; y las cruzadas han subido por la otra. Hace tres mil años que esas aguas están alumbradas por la civiliza-

ción y hace diez y ocho siglos que las domina el Calvario.

Por este mundo iba á comenzar su segunda peregrinación, despues de haber concluido la primera, el autor del *Genio del Cristianismo*.

Por eso su entusiasmo es grande, tanto que solo él puede pintarle.

Atraviesa Génova, Milan, Florencia, llega á Roma, Roma que solo ha visto con los ojos de la inteligencia, como dice Hamlet.

En Roma se detiene algun tiempo, aturdido, confuso, maravillado, y luego se va á Nápoles, esa casa de campo de los antiguos emperadores.

Sube al Vesubio, y como todos los seres insensatos y sublimes que quieren siempre penetrar el fondo de todas las cosas, se inclina sobre el cráter y le dice á su guía: «¡Bajemos.»

Dejemos al poeta hablar ahora.

» Al oír esta proposición mi guía me presentó algunas dificultades para obtener un poco mas de dinero y convenidos en la cantidad, se la doy, y ponemos manos á la obra. Durante algun tiempo caminamos por las orillas del abismo, buscando una linea menos perpendicular para bajar mas facilmente. El guía se detiene y me dice que me prepare: vamos á precipitarnos.

» Ya estamos en el fondo del golfo.

» Desespero de poder pintar este caos.

» Qué providencia me ha conducido á este lugar? Por qué casualidad las tempestades del océano americano me han lanzado á los campos de Lavina?... En aquel instante no pude ménos de pensar en las agitaciones de esta vida, en que las cosas, como dice San Agustín, se hallan llenas de miserias, y la esperanza vacía de felicidad... Nacido sobre las rocas de la Armórica, el primer ruido que llego á mis oídos fué el del mar. En cuantas riberas no he visto ya romperse esas mismas olas que vuelvo á hallar aquí?...

« Quién me hubiese dicho hace algunos años que oíría gemir en los sepulcros de Scipion y de Virgilio esas aguas que se estendian á mis pies en las costas de Inglaterra ó en las playas del Mariland? Mi nombre se halla en la choza del salvaje de la Florida; ya está tambien en el libro del ermitaño del Vesubio. Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el cayado y la capa del viajero? »

Quién podia responder á estas preguntas? Solo Dios, Dios que sigue á cada hombre en medio de los hombres, como á la ola en medio de las olas.

Dios condujo á M. de Chateaubriand á Francia, y luego el 20 de marzo á las cinco de la mañana una voz le dijo:

— Tiende el oído por el lado de Vincennes y escucha.

El poeta oyó el ruido de una descarga: el duque de Enghien habia cesado de existir en aquel instante.

M. de Chateaubriand tomó sobre una mesa del sitio en que le habia puesto la vispera, el despacho en que se le conferia la comisión de encargado de Negocios del Valais, y se le devolvió desgarrado al primer consúl.

Un arroyo de sangre acababa de pasar entre aquellos dos hombres.

Los bosques de la América inspiraron al poeta el *Genio del Cristianismo*, el Coliseo le infundió los *Mártires*. El Mediterraneo de que ya hemos hablado murmuró incesantemente en sus oídos. Quiere volver á Roma que apenas ha visto, á Nápoles que le llama con una voz mas dulce que la de las sirenas, á Venecia, ese punto de descanso de los antiguos cruzados que empuñaban allí sus objetos de plata, y pagaban los intereses tomando á Zara; quiere ir á Atenas

que se imagina en su mente y á Sparta que busca inútilmente.

— Un cicrone le conduce á Misira.

— Misira es Lacedemonia, no es verdad? esclama el viajero.

— Lacedemonia! responde el cicrone abriendo tamaños ojos.

— Si.

— Qué quiere decir Lacedemonia?

— Lacedemonia ó Sparta, como gustéis.

— Sparta!

— Os preguntó si Misira es Sparta.

— Pues no lo entiendo.

— Cómo! siendo griego, siendo lacedemonio, no conocéis el nombre de Sparta!

Este nombre que llenó el universo, no tiene ningún eco en los lugares donde tan grande fue!

Es lo mismo que el humo que se eleva, que se condensa en nubes que el viento lleva de oriente á occidente, que pasa sobre el mundo y que desaparece sin dejar un vestigio en el punto de donde salió!

Únicamente ayudado con sus recuerdos pudo el viajero hallar la ciudadela, el templo de Minerva, y el templo de Elena; separa las cañas mezcladas con los laureles y descubre un arroyo: es el Eurotas— Leonidas, Leonidas! esclamó el viajero.

El eco de Jena le responde, al mismo tiempo que el viajero entra en Atenas.

El Alejandro moderno entra en Berlin.

Pero Atenas es solo un descanso en el camino del viajero; el fin del viaje está en Jerusalem. No ha ido á admirar el Partenon, sino el Santo Sepulcro que tanto adora; va á seguir el camino de aquellos cruzados del siglo XIII, que fueron á libertar la tumba de Cristo. Entra en ese dédalo de islas arrojadas como un puente para unir la Europa con el Asia, toca en Zea la antigua Ceos; halla una falua griega que le conduce á Smirna donde ve la gruta de Homero, y parte despues de haberse ajustado con su guía en direccion á Constantinopla pasando por Troya.

El viajero se halla en la Siria, tierra y cielo nuevo: tierra en donde nació el jenero humano, cielo de donde bajan los ángeles y á donde suben los profetas.

El 5 de setiembre llega á Pérgamo—Pérgamo donde reinan los Atalás—nombre grande para las letras, fatal para los reyes—Pérgamo, en donde el tercero del nombre dijo al morir:

Popule romane, bonorum meorum haeres esto.

« Pueblo romano, sé el heredero de mis bienes. »

Y el pueblo romano que considera el reino de Atala como una parte de sus bienes, y que considera á sus súbditos como una parte de sus muebles, confisca los súbditos y el reino.

El viajero no hace mas que pasar por Porgamo; Troya le atrae; el iman atrae al hierro, la poesía al poeta...

Entonces el viajero reconoce el sitio; le parece que se halla muy inclinado hácia el oeste; envía á buscar al drogman, le interroga; el drogman se corta, le responde que es imposible atravesar la montaña por causa de los ladrones y que le conduce á Kirkaghah.

Cuando un turco ha decidido una cosa, es porque se halla escrita en el libro del destino; á pesar de su cólera y de sus amenazas, el viajero tiene que ir á Kirkaghah donde un aga debe fallar la causa.

El aga es un hermoso jóven oriundo de una familia de visir, indolente como un satrapa, y desvergonzado como un bajá; hace esperar al viajero, y como el aga no es un Atila, y el viajero se cansa, entra con botas y espuelas, agarra por el cuello á un esclavo que quiere impedirle el paso, corta la cara con un latigazo á un spahi que le cierra el camino, y va á sentarse lleno de polvo en el divan del aga.

— No sois franco? — pregunta el aga muy sorprendido.

— No, soy francés.

La justicia queda hecha en el mismo instante, á la manera turca, es decir, media justicia.

El aga declara que no habiendo cumplido el guía su promesa, devolverá la mitad del dinero que ha recibido, pero como los caballos están ya cansados, el viajero deberá renunciar á su expedición á Troya y seguirá el camino de Constantinopla.

Era de todo punto imposible el luchar contra la decision de un hombre tan poderoso como el aga. El viajero se consoló pensando que pasaría necesariamente por delante de Troya al ir de Constantinopla á Jerusalem.

Lo que mas prisa le corría era continuar su camino.

En efecto, el viajero prosigue su marcha. Un cielo nebuloso y un aire frío que nota por la primera vez, le recuerda la Francia, su querida Francia.

El camino es hermoso; podrian recogerse hermosas cosechas en aquellas tierras si los turcos no las destruyesen con los piés; habria bosques, si no los incendiasen. Los turcos están muy convencidos de que su vida es un campamento, y por eso destruyen sin cesar, sin fundar nada nunca.

El 10 almuerza en una bonita aldea llamada Souseverlé; á quinientos pasos de allí corre un rio, y mas alla se estiende una magnífica llanura.

Un hombre ha inmortalizado aquel riachuelo en un desierto.

— Si, pero ese hombre es Alejandro.

Cuatro nombres como este han dejado únicamente algún ruido en el mundo.

Alejandro, Cesar, Carlomagno y Napoleon.

Estos cuatro nombres son las cuatro columnas que sostienen la bóveda del mundo.

Todo el jenio de Alejandro se halla pintado en dos palabras.

Despues de mil victorias sale para combatir contra Dario y distribuye sus Estados entre sus jenerales.

— Qué os reservais para vos? — le dicen éstos sorprendidos.

— La esperanza.

Y muere despues de una orgía.

— A quién dejais el mundo? — le preguntan los que le rodean.

— Al mas digno.

Chateaubriand se detiene y se inclina ante aquel rio testigo de tantas hazañas, y que recuerda todavia el nombre de Alejandro!

El viajero continúa su camino. Se embarca, llega al mar; deja á la derecha las costas de Natolia, navega en medio de las nieblas, luego de repente se alza un viento norte, y se encuentra en frente de Constantinopla, ó mas bien en frente de tres ciudades; Galata, Constantinopla y Scutari.

El embajador francés en Constantinopla es Sebastiani, Sebastiani, el primer francés que ha hablado á un Sultan con la espada al costado.

La ausencia de mujeres, la falta de carruajes, y las bandas

LA VIDA HUMANA.

El ángel guardian acaba de traer á la tierra una *forma humana*; el niño se halla en los brazos de la matrona que le prodiga los primeros cuidados, en tanto que la madre con las manos juntas, dá gracias á Dios en silencio por haber acordado á su hijo una hermana.

Los dos niños crecerán algunos años el uno junto al otro; se comunicarán sus primeras sonrisas y palabras; se iniciarán en la vida dividiendo las penas y los placeres de su edad, hasta el dia en que el austero génio de las sociedades venga á tomarles por una mano, para mostrar á cada uno caminos diferentes.

A ti, primeramente, jóven, te tocarán los estudios graves y las duras lecciones! Llamado algun día á juzgar á los otros hombres, á tomar parte en los asuntos de la patria, á cargar con el peso de responsabilidades publicas y privadas, es necesario que tu inteligencia se ejercite y se aclare. Anda pues á recibir las lecciones de un maestro instruido por la experiencia y el trabajo; escucha con docilidad y medita con perseverancia; acepta lo que te enseñe la sabiduría de los otros, y deja que se abran ante tí las puertas del templo, en vez de querer escalarlas.

Pero al mismo tiempo que fortificas tu inteligencia por medio del estudio, forlifica tambien tu cuerpo con el ejercicio y tu alma por el valor. La vida es una pelea á través de la cual hay que abrirse un camino. Aprende á valerte de las fuerzas de que se sirve el hombre en la vida; que el alcazar de la guerra te obedezca, que no tiembles el hierro en tu mano; que te se pueda contar entre los valientes, no para conquistar una gloria inútil, sino para conservar tu pueblo, para proteger al débil, para poder andar siempre con la frente erguida, armado de tu derecho y guiado siempre tambien por tu deber!

Y en tanto que de ese modo te preparas á ocupar tu puesto entre tus semejantes, la niña que antes corría contigo por entre los trigos, recibe tambien las lecciones de los mayores.

No la estás viendo en la pradera ocupada en regar la tela; y luego bajo los tilos que dan sombra á la puerta, hilando la lana ó llevando á los segadores la comida sazoadada por ella misma, en tanto que la jóven esposa lee mientras da de mamar á su recién nacido, y le enseña á la vez los deberes y dulzuras de la maternidad?

Pero ya ha pasado la hora del trabajo. La jóven atraviesa la pradera con su amiga; con aire pensativo va deshojando una flor de vellósilla; por detrás pasa el jóven de quien su madre le habla repetidas veces, que vuelve de la caza con el perro y el balcon y que se vuelve para mirar á la hermosa que se pasa.

Bien luego se realizarán los deseos de ambas familias; unidos con la nupcial corona, amnos comenzarán la vida que sus padres acababan. Ya resuenan los instrumentos, ya se reumen alegres los bailarines; porque en esta cadena de la sociedad humana, no puede caerse un eslabon sin que otro le reemplace; todo se perpetúa y se reanueva y al lado de cada sepulcro se mece una cuna.

Triste espectáculo para el hombre egoísta que se encierra en si mismo, pero consolador para aquel que se considera como una chispa del hogar comun, y que no cree desaparecer del mundo en tanto que la humanidad le sobreviva!

Los grabados que nos han sugerido estas reflexiones re-

de perros sin amo, son las tres cosas que llaman la atencion del viajero en la capital.

La segunda sorpresa es el silencio. Ninguna campana, ningún ruido de carretas, ningún martillazo, ningún grito en las calles, cada cual va pasando por ellas grave y mudo; la multitud se calla como si temiera que su palabra la denunciase al dueño, que tiene derecho de vida y muerte sobre ella. Sin cesar se pasa de un bazar á un cementerio, como si la vida entera de los turcos se hallase encerrada en estas tres palabras: vender, comprar, morir.

M. Sebastiani recibió á M. de Chateaubriand como recibian en otros tiempos los embajadores á sus compatriotas, es decir poniéndose con cuanto tenia y podia á la disposicion del viajero.

Peró el viajero es como Atila; va á donde Dios le llama, es decir, al sepulcro sagrado.

Habia en aquel momento en Constantinopla una diputacion de padres de la Tierra Santa, que habian ido á pedir la proteccion del embajador de Francia contra los que mandaban en Jerusalem. — Estos le dieron á M. de Chateaubriand cartas de recomendacion para Jaffa.

Entónces estaba en rada el buque que lleva á los peregrinos griegos á la Siria. El viajero se ajustó con el capitán, con ja condicion de que le dejaria bajar á Troya, y se embarcó.

Iban en el buque unos doscientos pasajeros, entre hombres y mujeres, niños y viejos: cada cual se acomodaba como podia; las mujeres cuidaban á los niños y á los ancianos; los hombres fumaban y preparaban las comidas, se cantaba y se bailaba, todo con la mayor alegría.

Se atravesaron los mares, y á pesar de lo dicho, el capitán se negó á que el viajero bajara á tierra, para ver Troya, ó mas bien los campos en donde estuvo Troya, como dice Virgilio.

Por fin, despues de algunas tribulaciones, se llegó á Jaffa. Las cartas del viajero produjeron su efecto. Tres religiosos fueron á buscarle á bordo y le instalaron en un cuarto donde tenia agua fresca y ropa blanca, esa primera necesidad del hombre, y tinta y papel, esa primera necesidad del poeta.

Vino la noche, y en vez de descansar, el viajero pasó una parte de ella contemplando aquella mar de Tiro que los hebreos en su ignorancia llamaban el mar grande; aquella mar que atravesaron las flotas del rey proleta cuando iban á buscar los cedros del Líbano, aquella mar á quien el Señor dió barreras y puertos; aquella mar que huyó despues de ver á Dios.

M. de Chateaubriand permaneció cinco dias en Jaffa, al cabo de los cuales salió de ella, á través de la llanura de Jason, tan bella y odorífica como dice la Escritura, donde San José, la Virgen y el niño Jesus hicieron otra una hora cuando huían á Egipto.

El poeta continuó su peregrinacion.

Por fin, dice el viajero, la tierra se fué despojando de verdura; los flancos de las montañas se ensancharon y tomaron á la vez un aspecto mas grande y estéril. Bien luego toda vegetacion desapareció y el anfiteatro de las montañas se fué de un color rojo y ardiente. Una hora estuvimos sufriendo esas tristes regiones, para llegar á un sitio mas elevado que veíamos delante de nosotros. Llegados al primer terrapien, nos descubri á otro mas elevado sembrado de piedras movedizas; de repente á la estreñidad de este terrapien, distingui una linea de góticos muros, con algunas torres cuadradas detras de las cuales se distinguian las puntas de algunos edificios.

(Se continuará.)

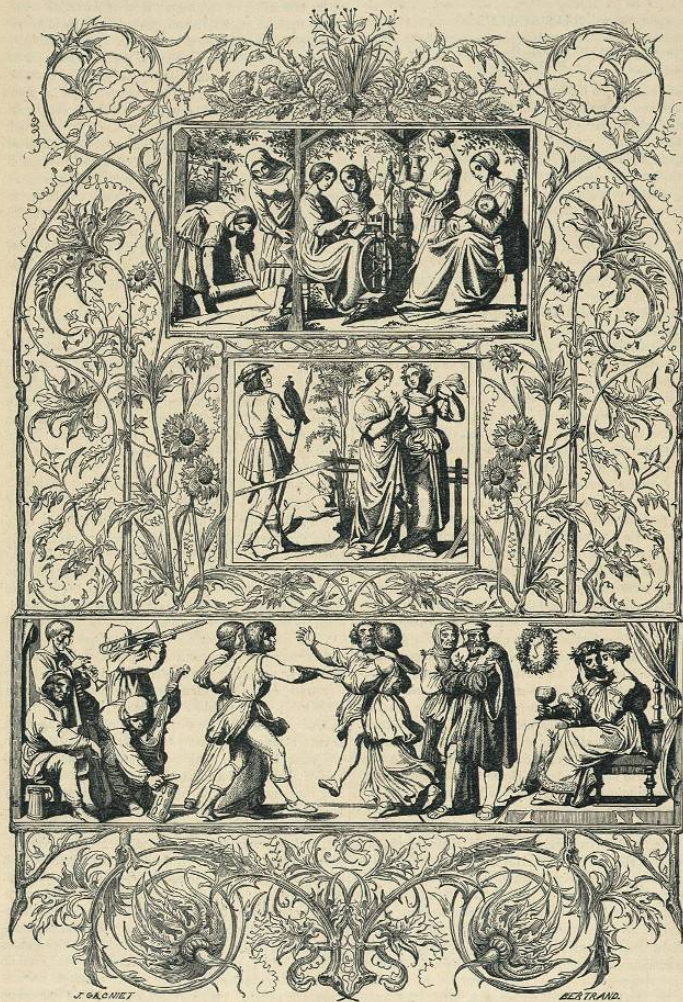
producen algunas de las pinturas que hizo Bendemann en el salon del trono en el palacio real de Dresde. Allí están como una filosófica advertencia sobre lo que es la vida humana para todos. No ponemos aquí mas que algunas de las



La vida humana.—Frescos del pintor alemán Bendemann, en el salon del Trono del palacio real de Dresde.—Dibujos y adornos por GAGSIET de estilo alemán, que llevan nuestros grabados, no están en el original, todos ellos son debidos al lápiz del dibujante.

LA VIDA HUMANA.

(Véase la pág. 267.)



Frescos del pintor alemán Bendemann, en el salon del trono del palacio real de Dresde.—Dibujos y adornos por GAGSIET.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210 y 217 226, 236, 242, 250 y 258.)

Sin embargo, no hay que creer por esto que Mauricio no tuviese aun sus malos días, sus días de desesperación y de abatimiento. A veces caía sobre él con todo su peso la carga de sus faltas; a veces el espectro de su ajada juventud se le aparecía bruscamente, hirándole de un modo espantoso. El castigo de los seres que han vivido mal es el arrastrar largo tiempo consigo, aun en el seno de una vida mejor, la negra sombra de su pasado. Conternado, con asustados ojos el desgraciado veía desfilir lentamente la sombría procesion de sus recuerdos, su padre abandonado, el dominio de sus abuelos vendido en pública subasta, el destino de Magdalena entregado a los vaivenes del acaso, y por último, luego venía á su vez, como una prostituta, la imagen de sus últimos años devorados por la licencia: aniquilado bajo su propio desprecio y demasiado orgulloso para pedir á las efusiones el descargo de su conciencia, Mauricio se encerraba entónces en un feroz silencio, y sin lanzar un grito, como el hijo de Lacedemonia, se dejaba roer el seno. Pero Magdalena estaba siempre allí, siempre inquieta, siempre vigilante, teniendo siempre á la vista, espiando todos los movimientos de su alma, que por él pasaban. En esos días de angustia y de taciturna melancolía era cuando ella desplegabá muchos mas cuidados y ternura, poseyendo adorables secretos para ablandar aquel corazón replegado dolorosamente sobre sí mismo, para abrir en él los nuevos manantiales de dulzura, y para dar salidas misteriosas á las olas que tanto le oprimían. Unas veces sentada cerca de su primo, como una joven madre, le hablaba con acento cariñoso y grave, y en tanto que Magdalena hablaba, Mauricio sentía un ambiente fresco y perfumado que iba cicatrizando sus heridas; otras se sentaba al piano, y como Orestes á los acantos de su hermana Electra, Mauricio, al escucharla sentía que sus remordimientos se apaciguaban, hasta que poco á poco, dominado por blandas influencias, se conmovía, bajo aquel encanto siempre creciente, su corazón estaba á punto de estallar, y abundantes lágrimas se escapaban al cabo de sus ojos: las lágrimas son divinas, es el rocío celeste que lava nuestras manchas; Mauricio concluyó, pues, por purificarse.

Dejando aparte esos días que iban siendo cada vez mas raros, el tiempo pasaba en encantadas horas. Los dos años que Mauricio habia comprometido de tan mala gana en manos de su prima habian espirado ya hacia muchos meses, y sin embargo no pensaba en reclamar su libertad. Despues de haber tomado gusto al trabajo, se habia apasionado por su arte. Lo cierto es que el trabajo no le faltaba; al contrario llovian los encargos, sin que él los buscase, por conducto de Marcelo que le profesaba un afecto sincero y una amistad á toda prueba. Mauricio se habia hecho tan famoso en la escuela formal de obras en madera, como lo habia sido su padre en los casca-nueces. Magdalena por su parte, no se hallaba tampoco reducida á pintar estuches ó cajas para té; sus miniaturas eran muy estimadas sobre todo en los salones de la aristocracia, donde se habia esparcido la noticia de que un hijo de familia con su hermana, arruinados ambos por un pleito, vivian pobremente del fruto de su trabajo, en una guardilla de la calle de Babilonia. Despues de haber es-

tado en la pobreza, Magdalena y Mauricio gozaban en fin de las comodidades que dan por seguro los esfuerzos de la voluntad, cuando esta tiene por auxiliares el sentimiento del orden, la sencillez en los gustos y la modestia en las ambiciones. Hacía ya mucho tiempo que hubieran podido dejar su guardilla é instalarse en otra parte, un poco mejor, y Mauricio habia pensado en ello, no porque desease por su parte un aposento mas suntuoso; el joven amaba su cuartito, habia reconocido la verdad de estas palabras, que las paredes que nos ven trabajar con esperanzas son siempre las paredes de un palacio, y el cuartito que le habia visto renegar por el trabajo y la resignacion, se habia vuolto para él una especie de santuario que no habria podido abandonar sin mucha pena; pero aquel joven, antes tan brusco y duro cuando se trataba de Magdalena, ahora miraba por su bienestar con el tierno anhelo de un hermano. La principal desgracia de su vida consistía en no poderla devolver la fortuna que habia perdido. Por esto ya muchas veces le habia ofrecido un aposento mas cómodo y vasto, en un barrio menos retirado, pero Magdalena habia respondido constantemente:

— Porqué hemos de cambiar nuestra existencia puesto que somos dichosos como estamos? Vivimos algo cerca del cielo, pero para eso respiramos un aire puro; habitamos en un barrio desierto, pero tambien tenemos un parque bajo nuestros balcones y en vez del ruido de los coches, son los pájaros los que nos despiertan por la mañana. Nuestros cuartos son muy pequeñitos, pero para eso están calientes en el invierno: creedme, amigo mio, permanezcamos en nuestras guardillas; seriamos muy ingratos con ellas si nos mudáramos.

Mauricio solía insistir para quedar bien con su conciencia, pero en su interior se felicitaba por la sensatez y razon de su compañera. De este modo continuaban viviendo como antes; únicamente Mauricio se complacia en embellecer la humilde morada de su prima, en tanto que Magdalena, no tenia otra alegría que la de adornar el aposento de Mauricio con todos los objetos de arte que le gustaban. Estos jóvenes amigos trabajaban el uno para el otro; así es como principalmente se vive dulce el trabajo.

Vivian retirados sin otros conocimientos que los de la familia de Marcelo. Encantados de la gracia y elegancia que habia en su persona, algunas señoras, á quienes habia hecho su retrato, quisieron llevarse consigo á Magdalena, pero la joven habia sabido resistir á estos deseos, hijos, á decir verdad, de un sentimiento de curiosidad estremada. Magdalena se contentaba con su retiro, y tal era su serenidad de ánimo que jamas Ursula ni Mauricio la oyeron la menor queja ni alusion al hermoso dominio que habia perdido con su pleito. Muy rara vez hablaba de aquel asunto tan desgraciado, y aun quizá habria hablado de él con alegría á no haberse tratado del patrimonio de Mauricio. En esto su primo se mostraba menos resignado, y jamas podia pensar sin remordimientos en aquel palacio en donde habia nacido, donde su padre habia muerto, y que estaba perdido por culpa suya. Muchas veces su corazón se volvia tristemente hacia Vallvers, y querer que hubiese sido de otro modo seria demasiado exigir de la resignacion humana, y sería tambien exajerarse demasiado las delicias de la guardilla, y los encantos de las esculturas en madera. En cuanto á Ursula, esta no sentía ni deseaba nada. Siempre seguía cantando las alabanzas de su amo, y repetía mas áto que nunca que era un ángel, un ángel del cielo, un ángel del Señor.

— Vamos, vamos, decía á veces Mauricio sonriendo, ya

Sabes que si hay un ángel aqui no soy yo, ni tú tampoco, animalota!

A esta última palabra que habia sido siempre la mas alta expresion de la amistad de Mauricio por su hermana de leche, Ursula echaba á llorar, prorumpia en sollozos, y acababa diciendo que Mauricio era un arcángel. En la buena estacion, cuando habian trabajado bien toda la semana, el domingo se encaminaban todos hácia el campo despues que Ursula y Magdalena habian oido su misa en la iglesia de las Misiones Extranjeras. Estos días eran para ellos sus mejores fiestas. Pasaban el día por los campos, comían en cualquier parte, y se volvían á casa llenos de contento. De este modo volvió á ver Mauricio con su prima aquellos bosques de Lucienne y de la Selle, donde dos años antes habia formado sus proyectos de suicidio. Bajo los castaños donde habia derramado el luto de su alma, á la orilla del pequeño lago rodeado de árboles en que habia visto la muerte en otro tiempo, ahora habia descubierto la nueva vida que cantaba en su seno.

XV.

Sin embargo, Mauricio se vio acometido de un malestar extraño. Hacía algun tiempo que experimentaba junto á Magdalena una turbacion inexplicable; alternativamente se ponía pálido y se enrojecía á una de sus miradas, y temblaba al sonido de su voz. Por la noche, mientras ella dormía, pasaba horas enteras contemplando en silencio, sin aquel aire feroz o burlesco que habia tenido ántes. Cuando entraba en su cuarto, toda su sangre se agolpaba violentamente en su corazón, y cuando Magdalena entraba en el suyo, la recibía con la cordedad y el embarazo de un niño. A veces hasta lloraba sin adivinar cual era la causa de sus lágrimas. A todas horas, y aun en su sueño, oía el ruido apenas perceptible de un misterioso trabajo que se operaba en él. Qué sucedía pues? Mauricio tuvo un día una vaga revelacion de lo que pasaba.

Por conducto de Marcelo, Mauricio habia obtenido el encargo de hacer, en grandes dimensiones, la estatua de Santa Isabel de Hungría, que un rico baron, fiel á las tradiciones de su familia que habia permanecido católica, destinaba á adornar el oratorio de uno de sus palacios en el Lancashire. El joven artista habia aceptado esta obra tanto mas gustoso, cuanto que su madre habia llevado el nombre de esta santa, y que á ambas las confundía en un mismo sentimiento de veneracion. Sin embargo, á pesar del talento que tenía, gracias á las lecciones de su padre, y á pesar de la destreza con que manejaba el cincel, en el momento de emprender la obra se sintió acometido de una desconfianza profunda. Mauricio que hasta entónces se habia burlado de todas las dificultades con un atrevimiento algun tanto presuntuoso, vacilaba, no se atrevía á abrir la escina y se extrañaba de su timidez, porque no conocía aun que la desconfianza de sí mismo es la señal verdadera del talento. Mil veces interrogó el recuerdo de todas las figuras esculpidas que habia visto en las iglesias, pero ninguna de ellas realizaba el ideal de una reina y de una santa, ninguna tenía la nobleza y castidad propias del personaje. El tiempo urgia, Mauricio bosquejó primeramente los paños y las manos; la ambicion de dar luz una obra capaz de establecer su reputacion y capaz de que mereciera los sufragios de su prima sostenía su valor, y le hacia al mismo tiempo mas severo para consigo mismo. Nunca estaba contento con el pliegue acabado de hacer, ni

nunca se le figuraba que el movimiento del cuerpo tuviese suficiente gracia. Las manos le detuvieron largo tiempo, porque queria darles una elegancia real. Así se hacen las obras maestras, la muchedumbre que las admira, no conoce el trabajo que han costado. Cuando llegó la hora de comenzar la cabeza sus dudas y angustias se aumentaron: sin embargo, se puso á la obra, y bien luego el cincel obedeció al impulso de un pensamiento misterioso. La frente se redondeó sin esfuerzos, los ojos se modelaron como por encanto; suavemente abrigados bajo la sombra de sus órbitas, manifestaban el éxtasis del alma en oracion. Los labios, rebosando de indulgencia y bondad, se entreabieron como para dejar el paso al soplo embalsamado; los cabellos, divididos sobre la frente en dos bandas, trenzados sobre las mejillas y levantados encima de la oreja, formaban el marco del óvalo gracioso del rostro. Al cabo de algunos instantes pasados en una muda contemplacion, Mauricio retroció lentamente, con una complacencia secreta, todas aquellas partes que, á su juicio, le necesitaban. Adelgazó la nariz que no creía bastante fina, y dulcificó la curva de las cejas, que no le parecia suficientemente majestuosa. Por último arrojó sobre la mesa los instrumentos y retrocedió algunos pasos para juzgar mejor el efecto de su obra. En este tiempo entró Magdalena, y no le costó mucho trabajo reconocerse: aplaudió y dejó traslucir un contento sencillo; en tanto que Mauricio, confuso y turbado, no sabia que hacer, y se sonrojaba como una joven cuyo primer secreto acaba de ser sorprendido. Buscando el modelo que debía guiarle, habia descubierto en su corazón la imagen de Magdalena, y sin quererlo y, aun sin pensar en ello, habia reproducido fielmente los encantadores rasgos de su prima. Esto fué para él una viva luz, pero que hubo de desvanecerse al punto. Acaso podia Mauricio comprender esos castos preludios del amor, cuando no habia conocido hasta entónces mas que la grossera embriaguez y los estravios de la pasion? Sin embargo, desde aquel día, el malestar que experimentaba se fué aumentando cada vez mas, y la serenidad de su alma se fué turbando mas profundamente que lo que él mismo habria atrevido á confesarse.

Aquella estatua de Santa Isabel debía producir en su vida tormentos mucho mas crueles, y debía decidir acaso de su futura suerte.

La figura se hallaba aun en su estudio; habriase dicho que Mauricio no se atrevía á desprenderse de ella. Cuantas veces se habian presentado á reclamarla de parte del rico baron, otras tantas se habia negado á entregarla bajo pretextos mas ó menos espiciosos. Siempre decía que le faltaba alguna cosa, que tenía que perfeccionar algo con el cincel, pero, en realidad, el artista no tocaba nada su obra, contentándose solo con mirarla, como Pigmalion. Una mañana el mismo baron se presentó en persona. Alto, delgado, con los ojos azules y la piel blanca, la barba y los cabellos rubios, el baron era un hombre joven aun, que aparentaba meaos años que Mauricio, aunque era todo lo contrario. Sencillo y de buen gusto, su traje de pies á cabeza, era de una elegancia irrefragable. Entró firmanente, saludó con aire distraído, y despues sin hacer caso de nada se dirigió en derechura á la estatua de Santa Isabel y se puso á examinarla en silencio, de pie, inmóvil, con el cuerpo ligeramente inclinado, su antejo en una mano, y en la otra su baston y su sombrero.

— No me habian engañado, dijo por fin, sin volver la cabeza y como hablándose á sí mismo; es el ideal que yo habia soñado, es en efecto una obra maestra.

Y dicho esto abrió una carterita que había sacado del bolsillo de su levita, y tomó un puñado de billetes de banco que dejó con desuelo sobre una mesa de carpintero.

—No, caballero, no exclamó Mauricio, os suplico que no me deis mas de lo convenido. Volved á guardar vos papeles. Ademas esa sería una generosidad perdida, porque toda vuestra fortuna sería insuficiente para dar por mi obra el precio en que yo la estimo.

A estas palabras sir Edward (este era el nombre del baron) levantó por primera vez los ojos sobre el escultor en madera. Aunque Mauricio estaba vestido con una blusa, en la blancura de las manos, en la pureza de las líneas de su rostro, así como en la altiva actitud de aquel joven, en cuya frente había vuelto á imprimir el trabajo la perdida huella de su raza, el baron conoció desde luego que aquel hombre no era un trabajador ordinario, y lo conoció con tanto mas motivo, cuanto que el mismo se distinguía, por la elevación de sus ideas, de la muchedumbre de los ricos. Confuso y algun tanto turbado no quiso retirarse ántes de haberse hecho perdonar su entrada demasiado británica. Sentado familiar-

mente al borde de la mesa, miró á Mauricio, que se puso á conversar con Mauricio con una gracia inusitada en los hijos de Albion. Le hablo de su arte con acierto, como hombre á quien le gustaba y que sabia apreciarle. Reservado en un principio, frío y silencioso, el joven artista se fue abriendo poco á poco para el escultor, acordándose de algunas palabras de lenguaje y de aquellas maneras. En aquel cuartito, cerca de aquella mesa de carpintero, en medio de los trozos de encina y de las astillas que había por el suelo, ambos hablaron como en un salon. Por un cálculo involuntario de la vanidad, en tanto que el uno se esforzaba en probar que había vivido siempre con el trabajo de sus manos, al paso que conocía todas las elegancias de la vida opulenta, el otro trataba de mostrar que á pesar de su riqueza conocía todo el valor del trabajo y de la inteligencia. De este modo entraron en graves asuntos de conversacion. Al oír á Mauricio, sir Edward no tardó en conocer que estaba hablando con uno de sus iguales, y Mauricio, al oír á sir Edward, reconoció que no está en la pobreza el privilegio esclusivo de la sabiduria, y que todas las condiciones de la vida, desde la mas elevada hasta la mas humilde pueden dar fecundas lecciones á aquellos que quieran aprovecharse de ellas. Volviendo á la figura de la santa, el baron contó que su madre había llevado el dulce nombre de Isabel durante los pocos dias que había pasado sobre la tierra. Mauricio dijo tambien á su vez que la suya, muerta en la flor de su juventud, se había llamado del mismo modo, y esta coincidencia por poco importante que fuese, estableció entre ambos una especie de simpatía. En resumen, al cabo de dos horas, se separaron muy contentos uno de otro y casi amigos.

Este principio de intimidad no debía terminar aquí. Rico sin altanería, grave sin sequedad, expansivo, afectuoso, y decidior cuando llegaba el caso, sir Edward era uno de esos ingleses como se suelen encontrar cuando se tiene suerte. Pasaba generalmente por un hombre original y en efecto lo era. Inteligencia muy elevada, carácter leal, corazón generoso y caballeresco, naturaleza dispuesta á sacrificarse por sus amigos, sir Edward poseía sobre todo en grado eminente, ese sentimiento que hace que las almas delicadas disimulen las ventajas que les prodigara el acaso del nacimiento, sentimiento que podría llamarse el pudor de la riqueza. Mas dichoso y mas fuerte que Mauricio, había atravesado las horrascas de la juventud sin dejar en ellas un solo ápice de su pureza: el naufragio de sus ilusiones no le había estraviado

en su camino, y no le había autorizado á si propio como Mauricio por algunas decepciones vulgares, para maldecir á la humanidad entera. Cuando aprendió á conocer los hombres, no se creyó obligado á aborrecerlos ni á despreciarlos. Con la esperiencia de un anciano, tenia el entusiasmo de un poeta y el candor y la sencillez de un niño. Ademas, por un raro privilegio, poseía dos facultades que parecen escluirse desgraciadamente: sabia como los que no pueden amar ya, y amaba como los que no saben todavía. A esto se unia tambien que había fecundizado su inteligencia con el estudio y los viages. Dotado de un vivo instinto de lo bello en las artes, honraba el talento, y profesaba el culto del genio. Hacía muchos años que pasaba los inviernos en París en la intimidad de algunos artistas escogidos; las reuniones le gustaban poco, y así se le hallaba mas facilmente en los estudios de artista que en los salones.

En poco tiempo hizo varias visitas á Mauricio. Llegaba despues de las doce con muy buenos cigarrros, se sentaba en el borde de la cama y se ponía á fumar, en tanto que Mauricio hablaba con él y trabajaba al mismo tiempo en el mo-

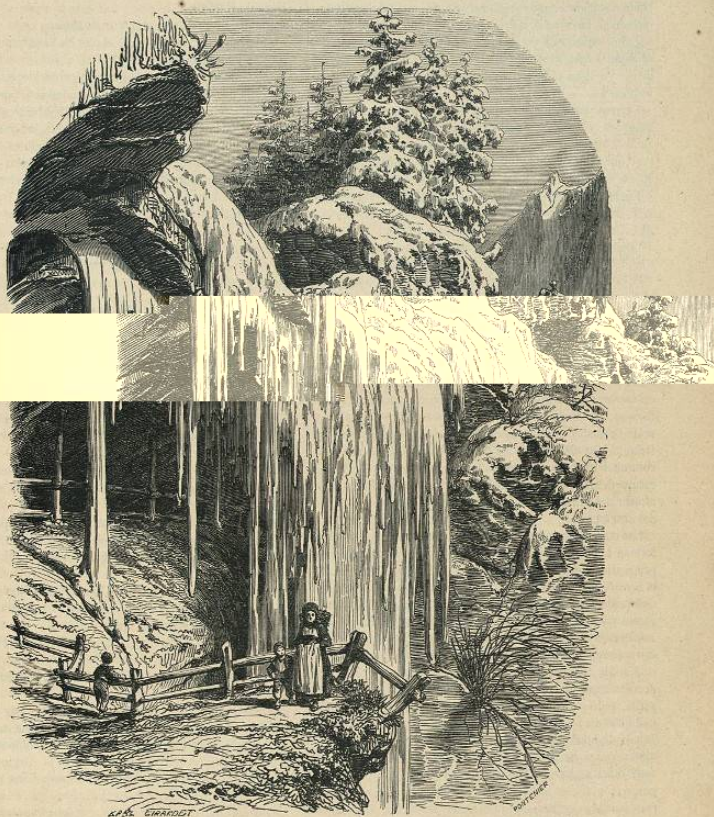
delante de un cuadro, que él se levantaba para echar una ojeada á lo que estaba haciendo, y á veces, Mauricio interrumpia su trabajo, encendia un cigarro y iba á sentarse un poco junto á él. Estos dos jóvenes acabaron por quererse de veras. Mauricio había llegado insensiblemente á ser el amigo de Mauricio.

En un día que se acordó de algunos comentarios que se habían hecho prudentemente sobre los desórdenes de su pasada vida, hablaba con ofusion de su hermana que trabajaba bajo el mismo techo. Sir Edward, gracias á su tierna naturaleza y á su organizacion poetica, se complacia oyendo los relatos de aquella existencia fraternal; pero aunque deseaba conocer á aquella joven hermana, no se había atrevido á suplicar á Mauricio que le presentase á ella y, cosa extraña! á pesar del sincero afecto que le profesaba, Mauricio guardaba acerca de esto el mas absoluto silencio, como si hubiese presentado que en ello estribaba la ruina de su felicidad. Ay! Nadie en el mundo se sustrae de los rigores del destino! Un día que el baron se hallaba con Mauricio, entró en el aposento Magdalena. Mauricio le había hablado mas de una vez de su nuevo amigo, y la joven que se regocijaba al ver que iban floreciendo nuevamente y uno á uno todos los buenos sentimientos en un corazón tan largo tiempo devastado, Magdalena había favorecido constantemente el desarrollo de aquel cariño naciente. En presencia de sir Edward, la joven se mostró tal como era naturalmente; sin embargo, con la idea de agradar á su primo, y ademas no había comprendido que aquel joven era digno de toda su confianza, estuvo mas franca y alegre, como se dice vulgarmente, que lo que habría exigido acaso la circunstancia de una primera entrevista. Al cabo de una hora se retiró dejando extasiado á sir Edward.

—Teniais muchisima razon en ponderarme los encantos de vuestra hermana, exclamó con entusiasmo cuando se retiró la joven; y aun en este instante me parece que hablábais muy friamente de tantas gracias y virginales seducciones. Jamas un alma mas pura ha iluminado un rostro mas dulce! Ahora comprendo que es fácil el crear obras maestras; la belleza del modelo explica el genio del artista. Amigo mio, la fortuna os ha tratado con menos dureza de lo que había creído, puesto que os ha conservado un tesoro de tan alto precio.

(Se continuará.)

LA CASCADA DEL GIESSBACH.



Cascada helada del Giesbach.—Dibujo de M. KARL GIESSBACH.

De todas las cascadas de la Suiza, la [preferible es la del Giesbach. El Reichenbach tiene mas abundancia en las aguas, el Staubbach, mayor altura, y la catarata del Rhin es mas imponente; pero ninguna de ellas se esparce con tanta gracia en medio de un paisaje mas pintoresco. Desde la pradera situada en frente de la cascada principal, se vé el arroyo que se precipita en un medio de la verdura; porque el suelo desaparece completamente bajo los musgos y los altos matatorales de este cubierto. Los árboles y los arbustos se inclinan por encima de las aguas espumosas, y entónces parece que el Giesbach cae del cielo á través de las hojas del bosque. Bien luego el agitado arroyo llega al fin de su rápida

carrera y se pierde en el apacible espejo del lago de Brienz. Una de las cascadas del Giesbach se lanza desde la cresta de la roca dejando un intervalo entre sí y la pared vertical de la roca. Nada puede imaginarse mas hermoso que aquel paisaje visto á través del cristal transparente, y el aspecto de aquella masa de agua que se precipita incesantemente con un estrépito horroroso por encima de la cabeza del viajero. Algunos ricos viajeros han hecho iluminar el Giesbach. Por la noche se ponen antorchas y encienden hogueras entre la roca y la cascada; dícese que eso produce un magnífico espectáculo, pero es sensible que haya hombres cuya imaginacion necesite escitarse de ese modo, y que no

reciban una impresión suficiente a la vista de las grandes montañas y de los espesos bosques por entre los cuales precipita sus blancas aguas el Giessbach. En una noche serena, cuando la luna sube al firmamento, cuando el lago está sosegado, y que todo es silencio en la naturaleza, excepto la solemne voz de la cascada, nada podría pintar las emociones de que se llena el alma, y las ilusiones que pasan por la mente.

Es muy raro que los viajeros suban del Giessbach al Faulhorn, y sin embargo es el mejor paseo que se pueda dar en los Alpes. Durante largo tiempo se sigue el curso del arroyo que vamos a tomar en su nacimiento hasta llegar a su última cascada.

Entre el Faulhorn y el Wildgesst, a 2330 sobre el nivel del mar, un estrecho y negro valle, llamado el Valle de las Perdices de nieve, se extiende de occidente a oriente. Rodeado de sombrías montañas que se elevan verticalmente como muros gigantescos, esa garganta no recibe jamás un rayo de sol; jamás la nieve se deshace allí enteramente, ni aun en los años en que son muy fuertes los calores. Dos lagos solitarios que apenas se deshuelan durante algunas semanas en el estío, ocupan el fondo del valle. Negros, inmóviles é inanimados, casi siempre cubiertos con una corteza de hielo ó de una capa de nieve, se asemejan a aquellos lagos infernales descritos por el Dante. El uno se llama, lago de las Brujas y el otro lago del-Granizo: en ellos tiene su nacimiento el Giessbach. Una de las corrientes sale a cielo abierto del lago de las Brujas, y la otra va por un conducto subterráneo del lago del Granizo. El 28 de julio de 1844, ese último lago continuaba helado y así permaneció todo el estío; la temperatura del lago de las Brujas era de 0°, 7 c.; la del Giessbach al salir del canal subterráneo del lago del Granizo, 0° 8; la del aire 3°, 4.

Los dos nacimientos del Giessbach se reúnen bien luego y forman la primera cascada cayendo por uno de los escalones principales del Faulhorn, llamado Tschingelfeld. Allí recibe el Giessbach muchos afluentes, y pasa luego por una hendidura de una espantosa profundidad que separa dos terraplenes y no deja mas paso que para el arroyo. Al salir de esa hendidura de donde parece escaparse con gran alegría, tan rápidamente corre en aquel sitio, sus agitadas aguas se calman de repente, y entran en un pequeño valle lleno de árboles. Aquí el arroyo serpentea lentamente en medio de la yerba, pero este descanso dura poco; llegado á la extremidad del valle se precipita de caída en caída hasta el lago de Eriand de una altura de 500 metros. Un gran número de estas cascadas están ocultas entre las hayas por lo que sería muy difícil seguir constantemente el curso del arroyo. Algunos montañeses lo han hecho sin embargo, dando á las catorce caídas principales los nombres de los ciudadanos que han honrado á la república de Berna.

Estos nombres son:
Berthold de Zuehringen, fundador de la ciudad de Berna.
Cuno de Bubenberg, arquitecto de la ciudad.
Valo de Gruyères, que salvó la bandera en la batalla de Schosshalden.

Los nueve hermanos que sacrificaron sus vidas por la patria.

Ulrico de Erlach, el héroe de la batalla de Donnerbuehl
Wendschatz, salvador de la bandera en Laubechstalden.

Rodolfo de Erlach, el vencedor de Laupen.

Hans Matter, uno de los inmortales combatientes de la batalla de Santiago.

Nicolas Scharnachthal el héroe de Granson.
El tesoroer Frankin.
Hans de Halwyll.*
Adriano de Bubenberg, el héroe de Morat.
Frantz Naegeli, que conquistó el país de Vand.
Nicolas-Federico Steiger.

De este modo el pueblo de Berna agradecido ha consagrado á la memoria de esos grandes ciudadanos inmortales monumentos. En tanto que las aguas del Giessbach caigan de la región de las eternas nieve, en esos valles habitados por un pueblo libre y feliz, se acordará de los hombres á quienes debe su felicidad. Demasiado pobre para elevar columnas de mármol y estatuas de bronce, les ha consagrado un recuerdo que durará tanto tiempo como duren las leyes inmutables de la naturaleza.

CHATEAUBRAND

por

ALEJANDRO DUMAS.

(Véanse las páginas 244, 252 y 261.)

Al pié de esos muros había un campamento de caballería turca rodeado de toda la pompa oriental. El guía exclamó: *El Cods* y huyó á galope.

Esa ciudad era Jerusalem: *El Cods* quería decir la santa. El peregrino había llegado al término de su viage; aquel día iba á arrodiarse en el sepulcro de Cristo.

Casi en el mismo instante, como ya lo hemos dicho, un peregrino armado descubría las murallas de una ciudad, por él no ménos deseada.

También en esta última había una tumba que visitar. Ese peregrino armado era Napoleón; esa ciudad en que entraba era Berlin; esa tumba que iba á visitar era la de Federico el Grande.

Ambos se hallaban de vuelta en Francia en julio de 1807, —el uno con la espada del gran Federico,—el otro con una botella de agua del Jordán.

Siete años después la espada fué reclamada por Federico Guillermo.

Catorce años después el agua servía para bautizar á Enrique V.

Napoleón se hallaba entónces en todo el apogeo de su gloria; la paz de Tilsit acababa de asegurarle su puesto entre los soberanos. Como César que nunca había tenido mas que una batalla dudosa, Napoleón poseía aun la virginidad de su victoria. Los tronos de la tierra eran suyos: la Francia como el mundo romano, ya no tenía límites.

Chateaubriand vió sin deslumbrarse aquella colosal fortuna [El que acababa de visitar Venecia, Corinto, Sparta, Atenas, Constantinopla, Tiro, Jerusalem, Alejandria y Tínez, el que acababa de ver á las naciones en su tumba, á las ciudades en su olvido, á tantas civilizaciones hechas polvo, no podía sorprenderse con ninguna gloria ni con el ruido de ninguna fama.

Y además, acaso no tenía tambien su obra religiosa que cumplir como tenía el otro su obra material? No tenía que dar su batalla de Eylau en favor de la civilización? Los *Mártires* no estaban llamados á producir la paz de Tilsit en la cristiandad?

Los *Mártires* se publicaron en 1809; Napoleón se hallaba á la sazón en España. A su vuelta se halló con el nombre de Chateaubriand en todas las bocas, y debió absorber aquella

gloria en uno de sus regios favores. En 1802 había establecido un premio decenal destinado al autor de la obra literaria que reuniera en mas alto grado, la novedad de las ideas, el valor como composición, y la novedad de estilo, é invitó á la Academia á que le diera su nombre.

Desgraciadamente César había olvidado decir cual era el pensamiento que ocultaba bajo esta óden. La Academia sabía que Chateaubriand se hallaba en desgracia, y presentó una lista á S. M. el emperador y rey, en la que el autor del *Genio del Cristianismo* brillaba por su ausencia.

Napoleón hubo de comprender que era necesario esplicarse con mas claridad, y pidió un dictámen sobre el *Genio del Cristianismo*. En efecto, este dictámen se hizo y se presentó.

Después de los *Mártires*, se publicó el *Itinerario*. Napoleón hojeó el libro, y se encontró con esta frase:

«He visto á Ali-Aga reñir en Jericó con un árabe que le decía que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalem, habría entrado en ella tan fácilmente como un camello en un sembrado.»

Aquel mismo día Napoleón dejó caer esta pregunta:

— Porque no es miembro de la Academia M. de Chateaubriand?

Previsamente acababa de morir Maria José Chenier; un silon estaba vacante, y M. de Chateaubriand salió nombrado por una fuerte mayoría.

Este nombramiento era el triunfo de la monarquía y de la religión sobre la revolución y el ateísmo.

M. de Chateaubriand tenía á la sazón 43 años, edad en que el poeta cansado de palabras quiso renovar las ideas: cansado de juzgar los acontecimientos quiso enseñar á los hombres.

M. de Chateaubriand no esperaba mas que una ocasión para reclamar el puesto que le era debido en la sociedad; esa ocasión fué el discurso que debía pronunciar al tiempo de entrar en la Academia.

Pero este discurso no podia pronunciarse sino con la aprobación previa de la misma Academia, y hé aqui lo que hallaron con la mayor sorpresa los académicos, en las primeras líneas del discurso:

«Los escritos de Chenier llevan el sello de los desastrosos días en que nacieron; dictados por los partidos, han sido aplaudidos por las facciones. Esta vez los intereses de la sociedad y los de la literatura no forman mas que un solo cuerpo, y á mi me es imposible olvidar esos intereses tan importantes, para ocuparme únicamente de verso y de prosa.»

No se podia pasar mas adelante: ocuparse de intereses políticos en tiempo de Napoleón, y en la Academia, era un inusitado atrevimiento.

Entónces se trata de hacerle comprender que el poeta debe permanecer poeta, pero Chateaubriand se subleva contra ese extraño axioma.

(Se concluirá.)

ESPOSICION GENERAL DE LONDRES EN 1854.

El proyecto de una esposicion universal de los productos de la industria nació en Francia, hace dos años. Paris debió dar ese grande y útil espectáculo en el estío de 1849; pero algunas personas manifestaron el temor de que con ese motivo podría alterarse la tranquilidad pública; y por otra parte, las cámaras de comercio, consultadas, contestaron que no había lugar á ejecutar un proyecto tan aventura-

do, por lo cual se debió renunciar á la esposicion universal y se hizo solo una esposicion ordinaria.

La idea abandonada en Francia atravesó los mares, y ha llegado á cumplirse en Inglaterra. Bien luego se formaron comités bajo la presidencia del príncipe Alberto para organizar la esposicion, realizándose prontamente una porción de suscripciones particulares.

El edificio, hecho por los modelos de M. José Paxton y Chasseworth, es muy sencillo: forma un paralelogramo cuyos costados principales tienen 569 metros de altura, y al cual se halla unido otro salon destinado para las máquinas de 285 metros de largo sobre 45 de ancho.

El edificio se halla situado al sur de Hyde Park, entre los sitios llamados Kensington — Drive y Rotten Row. En toda su longitud se han formado dos alas laterales de 20 metros de alto, encima de las cuales se extienden, en retirada, dos galerías superiores. La galería central alta de 33 metros se halla cortada por un crucero de la misma altura, que ha permitido el conservar uno de los mas bellos grupos de árboles del parque.

Los materiales que componen el edificio son el hierro, el cristal y la madera. El techo y las fachadas superiores son de cristal. El número de columnas de hierro colado y de forma circular, es de 3,300; 44,000 metros de tubos conducen las aguas pluviales á unas columnas huecas. La cantidad de cristales empleados es 343,000 metros, que pesan mas de 800,000 libras. La cabidad del edificio es de 10,065,000 metros; la altura de la galería central es de 22 metros 96 centímetros; la de las galerías adyacentes de 16-86, y en fin, la de las galerías laterales de 10-76.

La plaza destinada á la esposicion tiene de largo del E. al O. 562 metros 72 centímetros, y 189 de ancho. La sala destinada á las máquinas tiene 325 m. 75 c. de largo y 46 m. 70 c. de ancho. La grande galería presenta una superficie de 262,000 m.

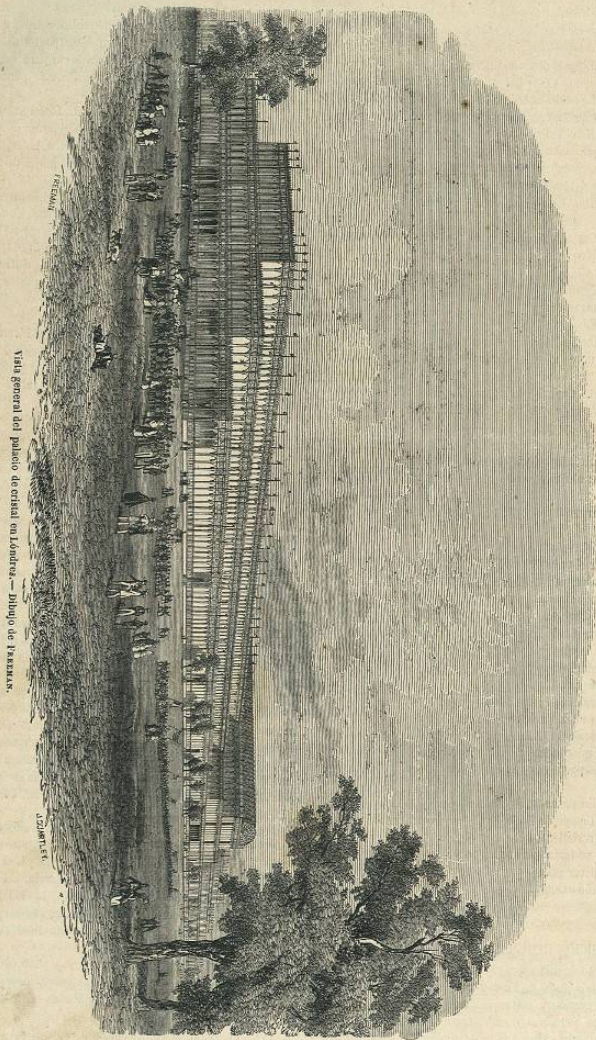
De distancia en distancia hay sitios reservados para vender refrescos.

Todos los puestos acordados á los países extranjeros, comprendidos los Estados Unidos, se hallan al Este del crucero, en el piso bajo y en las galerías, en tanto que la Gran Bretaña, las Indias Orientales y las colonias británicas se hallan del lado del Oeste, ménos algunos espacios que se han reservado aun para los Reinos Unidos en las galerías del Este.

De este modo la Inglaterra ha reservado la mitad del edificio para la esposicion de sus productos y los de sus colonias; la superficie acordada á la esposicion francesa es de mas de 8,000 metros. La Inglaterra y la Francia se hallan colocadas del uno y del otro lado del crucero, en la actitud de dos rivales.

Las otras naciones vienen después, segun el número de sus productos. Entre las naciones que han respondido al llamamiento de la Inglaterra se citan: la Arabia y la Persia, la China, el Brasil y Mexico, la Turquía, Grecia, el Egipto, la Italia, la España y el Portugal, la Suiza, la Bélgica, la Holanda, el Austria, la Alemania del Norte, la Dinamarca, la Suecia y la Noruega, la Rusia, los Estados-Unidos de América etc.

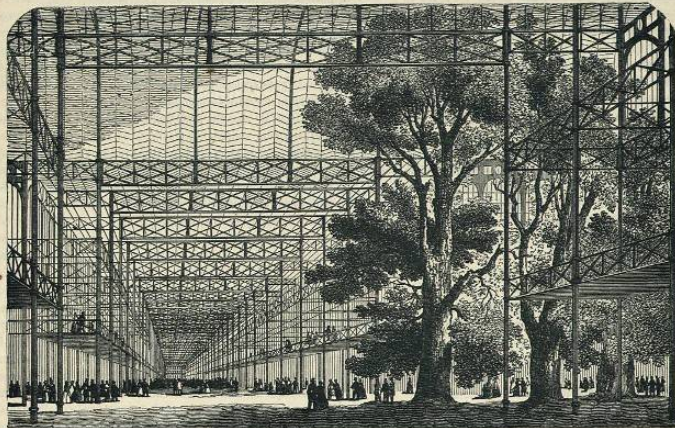
La Inglaterra ha consagrado una suma de 500,000 francos para la distribución de recompensas entre los esponentes. El jurado se compone de un número de miembros que la mitad son ingleses y la otra mitad extranjeros; además cada ramo de industria tiene su jurado especial. El total de los jurados es de 270, y el de cada país se halla arreglado segun el número particular de sus esponentes.



Vista general del palacio de cristal en Londres.

EL PALACIO DE CRISTAL EN LONDRES.

(Véase la pág. 272.)



Vista parcial.—Dibujo de FREEMAN.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las pág. 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210, 217, 226 y 236.
242, 250, 258 y 2 66.)

Largo tiempo habría podido seguir hablando sin correr el riesgo de ser interrumpido. Inclinado sobre su trabajo, Mauricio daba mil vueltas á un trozo de madera, y ni aun parecía oír lo que decía Sir Edward. Aquel mismo día durante la comida y por la noche se habló mas que del baron en el cuarto de Magdalena. Sir Edward con la elegante sencillez de sus modales, con las delicadezas de su lenguaje y la elevación natural de sus ideas, se había granjeado las simpatías de la joven que no se ocultaba para manifestarlas y felicitaba á su primo porque había contraído semejante intimidad. Las mujeres que nos aman tienen un maravilloso instinto para medir y apreciar de una ojeada el valor y sinceridad de las amistades que nos rodean. Además, Ursula por su parte, que había encontrado al baron en la escalera, se deshacía en ojos sobre su buena cara, y se negaba á creer que fuese inglés. Por último Marcelo que pasaba las noches en casa de Magdalena, y que conocía hacia mucho tiempo á Sir Edward por haber hecho en su palacio muchos trabajos de ebanistería, contó de él algunos rasgos de jenerosidad que llamaron vivamente la atención de la joven alemana, en tanto que Ursula lanzaba gritos de admiración y ternura. En medio de este concierto de alabanzas, Mauricio no permaneció silencioso. No obstante de esto padecía, aunque sin tratar de darse cuenta del malestar que experimentaba: padecía sin saber por qué, como las plantas enan-

do la tempestad se acerca, bien que el cielo esté puro y que ninguna nube turbe su limpidez al ménos en apariencia.

Desde aquel día Sir Edward tuvo entrada franca en el cuarto de Magdalena. Sus visitas, cortas y escasas en un principio se fueron haciendo poco á poco mas largas y frecuentes. Iba durante el día, y á veces volvía por la noche. Magdalena le recibía con el mayor agrado, sin tratar de disimular el placer que le causaban sus visitas. Mauricio la observaba muy inquieto, y aun solía tambien espiarles á ambos con ojos celosos. Había momentos en que el infeliz sentía contra su amigo una sorda irritación que no podía explicarse. Bien luego creyó notar que su prima estaba mas reservada con él y mas espansiva con el forastero. Por otra parte, el baron no había vuelto á hablar del viaje que acostumbraba á hacer todos los años por aquella época. Una tarde que se atrevió á preguntarle por su viaje, el baron le respondió que ya no se marcharía, y Mauricio creyó ver que Magdalena le daba las gracias con una sonrisa. Este vago malestar, y esta misteriosa pesadumbre, acabaron por tomar un carácter sério y alarmante; Mauricio buscaba la soledad, y se le había acabado el gusto por el trabajo; un mal desconocido le consumía. Lo mas extraño que había en todo esto, era que Magdalena, tan vigilante y perspicaz como era ántes, no parecía notar los nuevos cambios que había en su primo; hubiérase dicho que los ojos de Magdalena pertenecían esclusivamente á Sir Edward.

Una mañana que estaba sentado al borde de su cama, triste, abatido y calenturiento, Mauricio vió entrar al baron, algo mas formal que de costumbre. Sir Edward se fué á sentar junto á él, y sin abrir la boca, se puso á trazar en el suelo círculos invisibles con la contera del baston, con el ademán de un hombre que va á hablar de una cosa importante sin saber como; en tanto que Mauricio le examinaba como si